

INTEGRACIÓN O INTERACCIÓN El caso de la escuela Carlo Pisacane en Roma

Cecilia Bartoli

Asociación “Asinitas” de Roma

Es sorprendente cómo el hecho de haber sido un pueblo con una historia reciente de migración no nos ayude en nada en desarrollar ni prácticas de acogida más concretas, ni un discurso cultural definido acerca de la migración. El imaginario es misero y distorsionado, nuestra identidad de pueblo migrante la dejamos de buena gana fuera de la puerta. El sentimiento común pasa de un genérico “italianos buena gente” al miedo por la pérdida de la identidad cultural típico de las derechas, todo de imagen y nada de sustancia (la historia y las raíces italianas son más que nada producto de cruces), y que se resuelve al final con el miedo usual de tener que compartir nuestro bienestar con aquello que, al haber llegado más tarde, tienen menos derechos que nosotros. La guerra entre pobres encuentra nuevos argumentos: en Italia, la *Lega*¹ es su mayor promotora. Las viviendas de protección ya no son para las familias pobres, independientemente de su procedencia, sino que tienen que asignarse antes a las familias italianas más pobres, así como los servicios sociales, etcétera.

El prejuicio es tan fuerte que nos impide ver como la presencia de los extranjeros haya sido descaradamente útil para nuestra economía social y financiera: sólo hace falta pensar en la mano de obra barata, las trabajadoras domésticas, los alquileres de pisos y tiendas tres veces más rentables. Delante de estas banales necesidades, no podemos hacer nada más que replegar: podemos tolerar a los ciudadanos extranjeros como vecinos de casa, concederles un permiso de residencia, pero siempre que sigan siendo ciudadanos de serie B. Pero para que lo sigan siendo incluso después de diez o veinte años de haber vivido en nuestro país, es necesario que sobresalga poco, quizás nada, de sus indentidades culturales, de las razones que los llevaron a emigrar. Hace falta que las prácticas burocráticas y las leyes para la renovación del permiso de residencia sean siempre más estrictas y rígidas, alienantes y exasperantes, y que el recorrido para obtener la ciudadanía sea lleno de dificultades.

La idea italiana de la integración: convertir a los inmigrantes en siervos, para el tiempo estrictamente necesario a nuestras necesidades, lo más italianizados posible para que no nos pongan en dificultad con su diferencia, como máximo que nos diviertan en situaciones definidas y preorganizadas, con un poco de su folklore, y nos hagan sentir buenos con nuestras míseras acciones de solidaridad. Quizás tengamos poca memoria, o quizás necesitemos devolver a los demás las humillaciones que, como pueblo, hemos vivido sobre nuestra piel.

El discurso político es aún más desolador, la derecha sólo articula un argumento: demasiados, demasiados, demasiados, amenaza, amenaza, amenaza. La derecha, igual:

1 La *Lega Lombarda* es el partido político separatista y xenófobo liderado por Umberto Bossi [NdT]

demasiados, demasiados, demasiados, amenaza, amenaza, amenaza. Así se superan los unos a los otros en quién meterá más policía, control, reclusión. La estrategia está clara: alimentar el miedo, incrementar la idea del “enemigo” para poder presentarse como los necesarios defensores. Nada mejor que un enemigo común para cohesionar un pueblo bajo una sola bandera. Quizás no harán todo lo que anuncian, pero la introducción del delito de clandestinidad, haber pensado que este delito puedan denunciarlo los funcionarios públicos como los médicos o los directores de colegios, haber pensado en rondas ciudadanas, haber pensado que las viviendas de protección no sean un derecho de los extranjeros que viven aquí y que probablemente paguen sus impuestos, son ataques serios a la sensibilidad popular, y volver atrás de todo esto no será nada sencillo. La estrategia de la persecución hacia los inmigrantes, sostenida por los medios de comunicación de derechas y de izquierdas, llega a falsificar dramáticamente la realidad, como la nueva idea de la violencia sobre las mujeres, cuyo mensaje es: ir solas por la calle se ha vuelto peligroso porque la ciudad está llena de asentamientos ilegales y fuera de control, desde los cuales pueden salir violadores rumanos. Después de los episodios de violencia, el alcalde de Roma Alemanno ha registrado dos veces todos los campos rom, ya bien penalizados por su política hecha con excavadoras; pero no encontró ningún culpable, ningún sospechosos. A poca gente le interesa que el 80% de la violencia sobre las mujeres sea italiana y doméstica, y proceda de los familiares o conocidos de las víctimas, de blanquísimos y respetables hombres italianos. Sobre el plano cultural, casi no hay diferencia entre derecha e izquierda respecto a los inmigrantes: el miedo hace audiencia y trae votos para todos.

La integración aritmética

Integración es incluso una palabra que esconde una idea “descendiente” de la convivencia. Los antropólogos nos dicen que “interacción” sería la palabra más adecuada, implicaría una “convivencia” que permetería a cadauno de interaccionar preservando su identidad. En todo caso, in Italia el único discurso que podemos hacer sobre la integración de las personas extranjeras es numérico, y su fondo es: ¿cuántos? ¿cuántos necesitamos? ¿cuántos podemos absorber? En el mercado del trabajo, en los centros de acogida, en las ciudades, en las cárceles, en los centros de identificación, etcétera: ¿cuántos para que no nos molesten y sean controlables? ¿cuántos hay que formar? ¿cuántos hay que explotar? ¿cuántos hay que reenviar a sus países?

Por lo menos hasta el año pasado, la escuela podía ser orgullosa de un hecho: mientras fuera se discutía de porcentajes y flujos migratorios, de fronteras y de regularizaciones, de expulsiones y centros de permanencia temporánea² (que hoy se llaman “centros para la identificación y la expulsión”), es decir, de números, números y números, la escuela seguía siendo el único sitio de la sociedad en la cual los extranjeros vivían como personas y no como números. Iguales derechos (imposible negar el derecho a la educación), la escuela era el único sitio en que los extranjeros tenían la misma dignidad que los italianos para participar en la vida pública, el único sitio donde se les consideraba alumnos, estudiantes o padres, no sólo problemas. En algunos de estos lugares privilegiados había quiénes trabajaban duramente para que esto fuera así y de la mejor manera posible, y en otros había quién empezaba a quejarse; pero durante años, cientos de maestras, profesoras,

2 Los CPT italianos son los CIE (Centros de Internamiento de Extranjeros) del Estado Español [NdT]

directoras, han garantizado a cada extranjero por lo menos la ciudadanía escolar, de vez en cuando activando serios procesos de innovación pedagógica y didáctica, otras veces a tientas, con poco más que la buena voluntad, otras veces sin hacer nada especial, pero permitiendo en todo caso a las personas extranjeras de sentirse parte del contexto escolar. Los niños son niños, los estudiantes son estudiantes, hay algunos más capaces y otros menos, con familias más o menos cultas o presentes en el recorrido escolar de sus hijos, pero no existen (o no tendrían que existir) alumnos de serie A o de serie B, menos aún por su procedencia geográfica. La escuela italiana, que ya había luchado dignitosamente para la integración de los barraquistas italianos y de la migración interna, la escuela que hace años jadeaba entre las reformas había conseguido en la primaria algunos elementos de excelencia reconocidos incluso por la OCSE, en primer lugar su capacidad de integrar la diversidad, a través de la inserción de los discapacitados³ e intentando renovar, sobre estas bases, su pensamiento pedagógico, sus prácticas. Nuestra escuela ya se había enfrentado por lo tanto con los recorridos individuales de aprendizaje, con las dinámicas de igualdad e diferencia en las clases, y estaba enfrentándose sin demasiadas quejas la nueva situación, es decir la creciente presencia de alumnos extranjeros, activándose para poner al día a los profesores y a menudo incluso devolviendo, de todo este proceso, la riqueza, la ocasión para regenerarse, el desafío positivo. La escuela primaria e infantil vive de muchos centros, investigaciones, procesos de experimentación, pero sobretudo vive de la actividad cotidiana en las clases conducida con altos porcentajes de alumnos extranjeros. Ninguno de los encargados en las escuelas primarias ha pensado nunca en la presencia de ellos como un problema que había que confrontar de forma numérica. Obviamente se han montado talleres de lengua italiana para los recién llegados, que en todo caso no son más que una parte de los alumnos extranjeros, muchos de los cuales han nacido en Italia y ya han cursado un centro de educación infantil, llegando así a la primaria perfectamente capaces de hablar italiano y de seguir la didáctica.

Pero la potencialidad democrática de la escuela italiana tiene que ser muy molesta para este gobierno: la reforma ha ido a tocar el único sector de escuela que realmente funcionaba, pasando de largo de las reflexiones más urgentes y serias que tendrían que enfocar la escuela *media*⁴ y secundaria. La escuela primaria ha respondido con una fuerza inesperada a los recortes y a los ataques del gobierno contra todo lo que se había ido construyendo en la experimentación y cooperación educativa, y ha intentado reaccionar orgullosamente en defensa de un lugar en el cual, en general, aún se debate y se intenta construir comunidad. Delante de los recortes las protestas tienen poco margen, está claro. Muchos directores de Roma han enviado una carta a las familias explicando como, por falta de fondos, les es imposible contratar suplentes, así como comprar papel de váter.

Los ataques no se han acabado; la propuesta de las clases-puente que ha llevado adelante Cota, diputado de la *Lega* (que pedía clases diferenciales para los alumnos extranjeros, para alfabetizarlos y aculturarlos antes de insertarlos en los recorridos didácticos normales, después de un exámen) parece que no se va a concretar, de momento; obviamente ha suscitado indignación entre los trabajadores del sector, pero el racismo no se calma fácilmente. La lógica de la integración aritmética ha llegado también a los niños: por primera vez en la escuela también tendemos que preguntarnos ya no quiénes son, qué saben hacer y cómo lo hacen, sino cuántos son y cuál es el número máximo para permitir

3 En italiano, *diversamente abili*: diferentemente habiles [NdT]

4 La *scuola media* son los tres años después de los cinco años de *elementare* (primaria), antes del acceso a la *superiore* (secundaria): corresponde entonces a las clases 6º, 7º y 8º [NdT]

una buena integración, para que nuestras clases no cambien ni un pelo, así como nuestro mundo social y cultural.

El problema real no es cuántos niños, sino cuántas mujeres con el velo estamos dispuestos a encontrarnos en los pasillos; cuántas lenguas estamos dispuestos a escuchar fuera de la escuela, a la salida de los niños; cuántas ausencias de compañeritos debidas a fiestas que no celebramos, cuánto olor de cebolla y comino en nuestras escaleras. Puede parecer absurdo, pero la discriminación hacia los niños pasa a través de cosas como estas.

Lo que ha aparecido en los periódicos sobre la escuela Carlo Pisacane de Roma, en la cuál hay el 85% de alumnos de origen extranjera, tiene que hacernos pensar no tanto por los contenidos del debate, como por la resonancia y por las consecuencias.

Los argumentos de un pequeño grupo de madres italianas del barrio, que en seguida que abren la boca subrayan que *no* son racistas, han tenido espacio amplio e incontrastado en todos los periódicos y televisiones nacionales (porque ámpliamente utilizadas por el PdL⁵), empiezan con decir que las instituciones tienen que poner mano en esta “escandalosa” situación de presencia masiva de niños extranjeros en las escuelas, por que:

- por razones económicas y culturales los niños extranjeros no participan en las colonias escolares (incluso muchos padres italianos ansiosos y/o con menos recursos a veces no permiten a los hijos de participar en ellas, es siempre difícil organizar colonias),
- las comunidades extranjeras “no se dejan frecuentar” (obviamente, vistos los antecedentes y la disponibilidad! Naturalmente no es así para las familias italianas, que tienen realmente dificultad para relacionarse con los extranjeros, y si en todo caso los niños en la escuela, lejos de los padres, hacen amistades fáciles y duraderas, ¿por qué será?)
- nuestros niños tienen derecho a ver en Navidad el belén con Jesús, María y San José (pero la escuela ¿no era laica? En muchas escuelas italianísimas ya no se hace el belén justamente por esta razón, quizás a muchos padres ateos les apetezca aún menos que a los extranjeros, que por lo general son extremadamente respetuosos de las creencias religiosas de los demás)
- el alto porcentaje de alumnos extranjeros ralentiza la didáctica (a esto se puede contestar de forma muy sencilla y evidente mirando las notas de los niños: no sólo en la primaria, sino también más adelante, la media de sus notas no difiere de la media de los alumnos que vienen de otros institutos).

Este tipo de argumentos, que tendrían que acogerse con comprensión, una sonrisa y mucha paciencia, se han convertido en el caballo de batalla del diputado Rampelli (PdL) y de la regidora a las políticas educativas y escolares del Ayuntamiento de Roma, Laura Marsilio, para hablar de “emergencia cultural” y salir en todos los periódicos nacionales, ganándose tres meses de páginas enteras y reportajes en televisión. Llegan los cruzados de la italianidad, y cuando se les enseña que los niños de la escuela Carlo Pisacane hablan todos perfectamente el italiano y son perfectamente capaces de obtener resultados didácticos normales, Marsilio y Rampelli subrayan que no es sólo un problema lingüístico, sino de clima cultural en riesgo de contaminación.

5 El *Polo delle Libertà*, antes *Partito delle Libertà*, el partido liderado por Berlusconi [NdT]

Es una vergüenza que un diputado y una regidora puedan hablar de una escuela en la cual estudian 300 niños usando palabras como “aborto” y “gueto”. Sobre la palabra “aborto” utilizada a propósito de niños, no hay comentario posible; pero “gueto” es la palabra que utilizan más, su eslógan es: “integración sí, gueto no”. Detrás de este eslógan, hace meses, organizan encuentros con los ciudadanos, alimentando los conflictos entre las familias italianas, consolidando las barreras del prejuicio, poniendo profundamente en dificultad a las familias extranjeras. Gueto es el sitio en dónde las personas que tienen poder encierran a los indeseados, considerándoles inferiores: cómo se puede pensar que una escuela sea un gueto? La razón es que se trata de una escuela dónde por concentración habitativa la mayoría de los niños es extranjera. El barrio Tor Pignattara, en Roma, ya hace años que tiene una cara multicultural, pero no parecen preocupados del gueto los italianos que alquilan sus pisos a un precio tres veces más alto a tres familias extranjeras, ni los que alquilan los locales comerciales a precios inalcanzables y a personas que pagan en seguida y en líquido. En estos casos el gueto no parece una emergencia. Quizás es de ellos que tendrían que ocuparse los políticos, y no de las escuelas que hacen sólo su deber, garantizando a quién pertenece a su territorio el derecho a la educación. Además, en el barrio no hay criminalidad, ni la presencia de diferentes comunidades extranjeras ha creado criminalidad; cuando ha pasado algo, los responsables siempre eran italianos. Así el malestar para la transformación del barrio, que no puede atacar los intereses económicos de muchos, se descarga contra el único sitio símbolo de la verdadera convivencia ciudadana, golpeando a las que hace años están trabajando duramente para crear contextos en los cuales se pueda realmente compartir: las maestras de la escuela Pisacane y las familias extranjeras que ven que la presencia de sus hijos se considera algo que descalifica la escuela, que ralentiza la didáctica. El otro día, una madre extranjera, diplomada (como muchas) y muy atenta al recorrido escolar de su hijo, preguntaba una cosa muy sencilla: “¿Por que crees que mi hijo sea más tonto que el tuyo? ¿Por mi manera de vestir?”. Después de veinte años aquí, después de haber escogido que sus hijos nazcan aquí, muchas familias extranjeras tienen que revisar su decisión migratoria, temiendo por su integración presente y futura: estas son heridas culturales por las cuales nadie se preocupa.

Ya que los italianos son una minoría, son capaces de definir “monoétnica” una escuela en la cual los niños vienen de 15 orígenes diferentes, donde los niños todos son de segunda generación, nacidos en Italia de padres que han llegado hace diez, veinte o treinta años. Como dice un amigo mío toscano, para ellos “todos los gatos son grises”: si eres extranjero, eres “el otro” en todo caso, perteneces a una masa informe de personas que hay que tratar todas de la misma manera: un poco más de atención para quién lleva más tiempo y se ajunta a la caza del último en llegar; nada integra más que el enemigo común, algunos extranjeros más listos ya están estudiando sus ventajas. Entonces, explotar sí, reconocer una presencia no. La escuela también dejará de ser ese lugar de sociedad civil que representa un barrio en qué cualquiera puede sentirse ciudadano.

Se propone un máximo de 30% de alumnos extranjeros en las escuelas (no importa si han nacido aquí y si hablan perfectamente italiano), por lo tanto: autobuses para llevar los niños al colegio lejos de sus casas, rompiendo así la participación de los padres a la vida de la escuela, para garantizar una distribución equitativa de los alumnos extranjeros. En una ciudad como Roma, en dónde las lógicas de especulación inmobiliaria crean grandes áreas urbanas densamente pobladas por ciudadanos extranjeros, por ejemplo la Cassia, dónde

los hijos de las numerosas trabajadoras domésticas frecuentan las escuelas y hacen subir los porcentajes, o las zonas periféricas donde están la gran mayoría de extranjeros (que a lo mejor luego vuelven a acercarse a sus familia en las casas cercanas, como hacíamos nosotros cuando migrábamos a otros países) la lógica de los autobuses puede significar que los niños tendrán que viajar mucho antes de encontrar una escuela que no supere el 30%; también significa que las madres de estos niños, a menudo sin coche y con hijos pequeños, no intercambiarán ni las pocas palabras que ahora comparten con las maestras en la puerta, y adiós integración. Y cuando hayamos establecido nuestros porcentajes falsos, ¿qué haremos con nuestros niños cuando, al entrar en las tiendas de esos mismos barrios, verán que hay más que el 30% de extranjeros? ¿Les vendaremos los ojos?

El ministro de educación Maria Stella Gelmini ha anunciado en los periódicos que el límite de 30% se establecerá en toda Italia antes de 2010, pero la idea no es suya y tampoco del diputado Rampelli del PdL ni del diputado Cota de la *Lega*. Se trata de una experimentación ya activa en el Ayuntamiento de Vicenza gobernado por el Pd⁶. Tenemos que agradecerle por haber abierto el camino con esta resolución discriminatoria. Le agradecemos el mensaje profundamente diseducativo que ha transmitido a los jóvenes y a toda la ciudadanía. La escuela que tendría que educar hacia la democracia (iguales derechos) hacia la interculturalidad (valorizar y dar igual dignidad a todas las culturas), a la competencia social, sin duda fracasó en Vicenza, llevando más miseria en el imaginario de los jóvenes alumnos que crecen allí, que necesitan más que nosotros formarse para la sociedad multiforme que les espera, y que tienen más capacidad para hacerlo.

Los tiempos, aún recientes, en los cuales se podría plantear si no tuviera sentido repensar los programas didácticos de las escuelas para adaparlos a la fuerte presencia de extranjeros, los tiempos en los cuales se podía imaginar de valorar el multilingüismo, como interesantes horizontes para nuevas propuestas didácticas que mejoraran la formación incluso de los niños italianos, parecen haberse definitivamente acabado.

Qué aprendizaje estamos transmitiendo, a parte las disciplinas didácticas? Vamos a admitirlo: estamos construyendo este mensaje, para nuestros niños:

- ya que estamos en Italia, los niños italianos tienen más derechos que los demás
- la italianidad no es algo a intercambiar sino algo a defender
- las personas extranjeras son diferentes, hace falta mantenerlas en minoría, la diversidad es una amenaza
- una buena relación con ellos depende del control que conseguimos instalar

¿Estamos todos de acuerdo? Parece que sí, pero no dará buenos frutos. La integración aritmética es la desintegración del tejido social, esperamos que los hijos recuerden lo que han compartido en el patio y en los pasillos y tengan una visión más amplia que sus padres. Conozco clases en que los tres o cuatro niños extranjeros están claramente excluidos, incluso si (o a lo mejor justamente por eso) tienen encima toda la atención, y experimentan grandes dificultad para mantener el ritmo con la clase. La relación con ellos no es natural. Conozco clases en los cuales hay tres o cuatro niños italianos que, al tener el privilegio de “jugar en casa”, no tienen ninguna dificultad. Sin duda esos niños no se sienten que están en un gueto. Clases que agrupan niños de quince países diferentes, y veinte nuevos italianos que comparten de lleno la cultura de nuestros hijos – mismo equipo, mismos

6 El Pd es el *Partito Democratico*, la mayor agrupación de la izquierda.

dibujos, mismas meriendas, mismas pasiones, mismos juegos, y sobretodo ninguna maestra que marque preferencias, a lo mejor una que en cambio valore la pluralidad, el intercambio, la comparación, dentro de programas didácticos italianísimos. Los números, sólo, no garantizan nada.

Pueden ser cinco o quince las familias extranjeras dentro de la clase de mi hijo: si no quiero entrar en relación con ellas, nunca nacerá ninguna relación fuera de la escuela. La integración no es aritmética, no depende de los porcentajes sino de las capacidades de relación, del equilibrio entre la necesidad de retirarse entre los nuestros y de mezclarse con los demás, de la tolerancia que el que vive al lado tuyo pueda sentirse tranquilo en su diversidad, del hacer juntos y vivir juntos que sin duda puede experimentarse en una escuela, si se quiere.

A estos defensores de no se sabe bien qué italianidad, quizás les asusta que algún modelo cultural pueda suplantar su identidad cultural y sus hábitos, han amplificado el miedo natural que sienten todos los padres, de no poderse el día de mañana reconocer en sus hijos, que en todo caso son los portadores fisiológicos de una cultura diferente: la del mundo que cambia. En este miedo, pero, no se valora nunca que no se trata de una colonización (la colonización, históricamente, la hicimos nosotros), no hay un grupo cultural definido que está llenando nuestras ciudades o nuestras escuelas, sino que hay una multitud de identidades culturales y lenguajes diferentes, en los cuales nuestros hijos, como los hijos de los demás, sabrán orientarse perfectamente, escogiendo lo que necesitan y descartando lo que no resuena con sus identidades.

Al revés: ya que el racismo y la discriminación, los miedos y las incertidumbres, no son sólo italianas sino que son de todos, aún más tendríamos que ser nosotros los que garanticemos el pluralismo y la convivencia, los que garanticemos iguales derechos, los que normalicemos las diferencias, incluso para favorecer el equilibrio no sólo entre italianos y extranjeros, sino entre todas las comunidades.

Los alumnos de la escuela Carlo Pisacane

Es triste que los periódicos y las televisiones se hayan puesto al servicio de unos objetivos políticos que buscan, como se sabe bien, más el consenso inmediato que la creación de reformas inteligentes; y que no se hayan nunca preocupado, en cambio, de entrar dentro del fenómeno, de explicar su complejidad, intentar abrir los ojos de los adultos sobre las transformaciones que sólo los niños y los que viven en contacto con ellos saben expresar claramente. Empecemos nosotros también por los números: la escuela Carlo Pisacane (como muchas otras en Italia), entre infantil y primaria, hay 300 alumnos, entre los cuales el 85% es de origen extranjera. De estos, sólo el 13% han llegado hace poco y no hablan italiano; todos los demás han nacido aquí. Podríamos decir entonces que en la escuela Carlo Pisacane hay el 13% de alumnos extranjeros, si por extranjero entendemos lo que sugiere la etimología de la palabra, es decir el forastero, el que está fuera del contexto; porque parece realmente difícil dar este nombre a quienes han nacido aquí, desde su nacimiento están sumergidos en nuestro ambiente lingüístico y cultural, y en este ambiente ha formado su identidad, su alma, sus relaciones significativas. Ruslan, Amir, Claudio y Mohamed (nombres inventados), de 10 y 11 años, los cuatro de origen extranjera

pero nacidos en Italia, que frecuentan o han frecuentado la Carlo Pisacane desde la escuela infantil, tienen las ideas muy claras: saben que están al centro de un debate y han entendido perfectamente los argumentos, la instrumentalización política, la mistificación, y no tienen miedo de llamar racistas a ciertas personas.

Cuando el rey está nudo, está nudo. Para ellos, que tienen amistades sólidas con compañeros italianos, no se les puede hablar de problemas de socialización; tienen buenas notas y al llegar a la escuela *media*, dónde la mayoría de alumnos son italianos, estarán entre los mejores; hablan el italiano mejor que su propia lengua materna, que a veces no saben escribir, compitiendo con italianos han recibido premios y reconocimientos por sus resultados didácticos: no se les puede decir que la presencia de extranjeros ralentiza los programas escolares. A ellos, que además del natural conflicto generacional con los padres, también tendrán que llevar el peso de la creación de nuevas síntesis entre la cultura de sus padres y aquella en la que han crecido, no se les puede decir, de ninguna manera, que su presencia crea una “emergencia cultural”. Amir nos cuenta: “Cuando voy en Marruecos mis primos me llaman el italiano, me toman el pelo porque no hablo bien el árabe, incluso si quisiera volver al pueblo de mis padres sería muy difícil para mí insertarme en la escuela; entonces, si soy extranjero allí, extranjero aquí, alguien podría decirme por favor, ¿dónde vivo?”. Ruslan odia ir al pueblo de su madre en verano, se pone enfermo como cualquier turista, echa de menos Italia y su casa, echa de menos los juegos, los compañeros, imagina claramente en Italia su futuro. Las madres que en cambio piensan siempre en una vuelta a su pueblo, encogen los hombros y saben que quizás algún día se separarán: sus hijos son italianos. Un techo sobre la cabeza tendríamos que meterselo de verdad, pero no como un porcentaje⁷.

Estos muros ideológicos son heridas en el crecimiento de las personas de las cuales todos somos responsables, desde el momento en qué rompemos las orillas de los lugares de la educación, de la experiencia del presente, de la construcción del futuro, con nuestros conflictos entre adultos, con nuestra demagogía política, con nuestras tensiones sociales.

Los niños italianos de la escuela Carlo Pisacane tienen un privilegio: se están preparando para vivir la diversidad como algo normal, cosa que sus padres no están a la altura de hacer. Cuando crecen enviamos a nuestros hijos al exterior porque pensamos que sea importante conocer otras lenguas y otros hábitos culturales, pero nadie piensa en qué enriquecedor puede ser para un niño italiano frecuentar chavales extranjeros portadores de otras culturas. Los niños más defendidos y rígidos serán los más desaventajados en la sociedad de mañana. Estos niños de origen extranjera, nacidos en Italia, serán sus compañeros de trabajo, quizás futuros maridos y mujeres, sin duda sus amigos: cuánta ventaja tendrán si conocerán de antemano sus culturas de origen?

Los niños saben hacer todo esto de forma espontánea y natural; somos nosotros que estamos quitándoles su curiosidad natural de una formación humana indispensable para su futuro. Como siempre, adultos hoy, viejos mañana, no somos capaces de entregarles su presente y dejar que se construyan el futuro en paz.

⁷ Juego de palabras: el *tetto*, o techo, es el límite máximo propuesto para los extranjeros en las clases, del cual se ha hablado antes [NdT]

Original: “Integrazione o interazione. Il caso della scuola Carlo Pisacane a Roma”
en *Lo Straniero* n. 112, octubre 2009.

Traducción protegida por una licencia Creative Commons: Attribution – No Commercial – No Derivs.
Traducción: Grup de Treball de Perifèries Urbanes de l'Institut Català d'Antropologia <http://periferiesurban.es.org>